

Juan de Dios Cascajero Garcés

Profesor de Historia Antigua

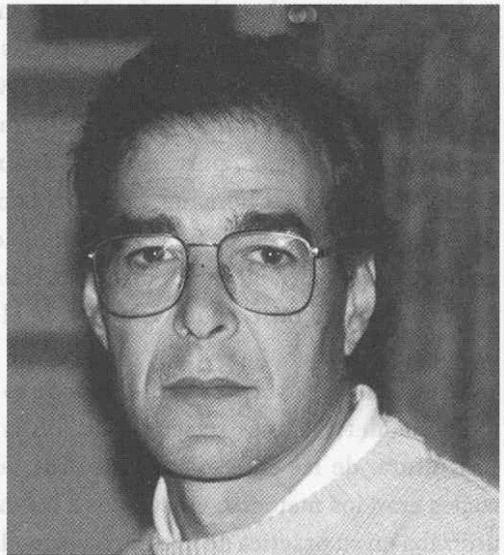
1 de noviembre de 1948-10 de septiembre de

Domingo PLÁCIDO

Universidad Complutense. Madrid

*Tutemet a nobis iam quouis tempore uatum
terri loquis uictus dictis desciscere quaeres.
Quippe etenim quam multa tibi iam fingere possunt
somnia, quae uitae rationes uertere possint,
fortunasque tuas omnis turbare timore!
Et merito. Nam si certam finem esse uiderent
aerumnarum homines, aliqua ratione ualerent
religionibus atque minis obsistere uatum.*
LUCRECIO, *De rerum natura*, I, 102-109

Con estas palabras busca el poeta inducir a su amigo Memmio a adoptar una actitud ante la vida y la muerte, objetivo principal por el que Lucrecio expone, a través de la doctrina de Epicuro, toda una teoría de la naturaleza. Nunca se conjugaron tan perfectamente la belleza del verso, la profundidad científica e intelectual y las aspiraciones subjetivas por las que el ser humano busca la comprensión del mundo que lo rodea con el fin de hacer más feliz su propia vida. Memmio es, para el lector actual, un desconocido y, por ello, es posible saber hasta qué punto calaron en el destinatario las ideas que trataba de transmitirle el autor. Sí se conoce cuál era el efecto que su propio pen-



samiento tenía sobre el maestro Epicuro en su lecho de muerte, cuando reflexionaba sobre sus relaciones íntimas con el momento final que ya le llegaba. Fueron reflexiones que sirvieron a Thomas Mann en el famoso debate del sanatorio de *La Montaña Mágica*, instrumento del individuo para adoptar una actitud que resulta ejemplar para todo el que considere que la actividad intelectual está integrada en la vida, y no constituye un añadido superficial con el que brillar o llenar el tiempo libre.

Tuve la fortuna de que Juan Cascajero eligiera las asignaturas opcionales que yo impartía al inicio de la década de los setenta. Sin duda, en esos momentos la Universidad recuperaba el pulso vital y dentro de ella algunos de los alumnos desempeñaron un importante papel en la creación de foros en el interior de las mismas clases, que estimulaban a sus compañeros y a los profesores. Dentro de la especialidad de Historia Antigua, la presencia de un alumno que sabía latín, cuyos estudios iniciaban ya su decadencia en nuestras facultades, y además mantenía una actividad dentro de las corrientes políticas presentes en las aulas era todavía, a pesar de todo, bastante excepcional. Por ello resultó una gran noticia saber que este alumno se orientaba hacia la realización de una tesis que pretendía, como yo acababa de hacer con la mía, analizar en los parámetros de la historia social al representante latino de una de las corrientes de pensamiento antiguas que posiblemente puede considerarse todavía hoy válida para proporcionar a los seres humanos armas intelectuales con que enfrentarse el mundo. La elaboración de dicha tesis sobre Lucrecio facilitó el camino para que las relaciones entre profesor y alumno se transformaran en vehículo de intercambio de ideas, en ágora de reflexiones sobre el pasado y el presente y en cuna de una sólida amistad.

Por ello puedo decir que, en este caso, las palabras de Lucrecio tuvieron una enorme eficacia. La dedicación al mundo de la Antigüedad representó para Cascajero la vía central de sus actividades intelectuales de la que se derivaban múltiples ramales, aparentemente heterogéneos, portadores de una rica variedad, que parecía cubrir todas las posibilidades del ser humano, pero al mismo tiempo siempre firme en sus propósitos de convertirla en el eje de una concepción del mundo universalista y con el presente, la realidad humana vivida, al fondo de sus reflexiones. Sabía, como mostró en uno de sus últimos trabajos en *Gerión* (2000), que el objetivo de toda reflexión histórica es el tiempo presente.

Sin duda causa sorpresa enterarse de lo que Juan Cascajero sabía de Botánica, en todas sus derivaciones relacionadas con la economía campesina, de Apicultura o de Viticultura, de las aplicaciones médicas de las plantas; también sorprende conocer cuáles eran los métodos, vinculados a las más sólidas tradiciones de la vida rural, que utilizaba en su práctica de la caza, o los modos que empleaba en la práctica de la pesca, y sus conocimientos de náutica; tal vez sorprenda aún más que practicó con éxito algún deporte, cuando ya se iniciaba en la carrera académica. Resultan muy sintomáticas las asignaturas que impartió y que colaboró a implantar en los últimos años de su vida académica: Mundo rural, Medio y espacio.

Seguramente, tanto su formación epicúrea como su experiencia vital constituyen los elementos que explican su trayectoria intelectual. Desde las luchas sociales de la República romana, como derivación inmediata de los trabajos relacionados con su tesis sobre Lucrecio, sus publicaciones revelan una profunda asunción de las preocupaciones que definen la vida intelectual del ser humano. Aunque sabía que no era fácil, o

precisamente por ello, se planteó como objetivo el intento de aproximación a las formas de expresión oral del mundo antiguo. Se rebelaba así contra la idea de que la ideología de las colectividades podían simplificarse a través de la teoría de la ideología dominante. Pensaba que atribuir a las masas las formas de conocimiento que aparecen en las fuentes era un modo de hacer el juego al poder, incluso en la memoria del pasado. Los «sin voz» no sólo no habían logrado hacerse oír en su época, sino que también la investigación actual los obviaba con el pretexto de que su pensamiento no era más que el reflejo del pensamiento de los dominantes. Desde su punto de vista, constituye una obligación de la investigación actual con sensibilidad social hacer un esfuerzo por llegar a las formas de pensamiento que realmente sean expresión de los «sin voz». La fábula y la comedia había sido hasta ahora objeto de sus análisis con ese objetivo y no cabe duda de que ha hecho posible al menos intuir que existían modos de comunicación que permitían el intercambio de ideas entre los marginados de las sociedades antiguas.

Con un espíritu similar, también se había aproximado en los últimos tiempos a los problemas representados por la presencia de otra parte del género humano tradicionalmente «sin voz», las mujeres. Del mismo modo, sus preocupaciones se relacionan íntimamente con los dramas que en demasiadas ocasiones protagonizan en el presente. Así, en su participación en el número monográfico (18, 2000) de *Studia Historica. Historia Antigua*, comenzaba: «Debe expresarse, en todo su alcance, la consideración, afortunadamente ya casi común, de que, cuando una mujer, por su condición de mujer, por ser mujer, es agredida, todas las mujeres son agredidas». Toda la humanidad es agredida, como es olvidada cuando se olvidan los «sin voz».

La sensibilidad social de Juan Cascajero representaba un rasgo asumido hasta lo más profundo de su corazón. Cuando la violenta enfermedad que acabó con su vida comenzó a ensañarse con su cuerpo, su espíritu permanecía vigoroso y sólido, fortalecido sin duda por su capacidad para situarse en el campo de la solidaridad con el conjunto de la humanidad. En definitiva, era capaz de decir pocos meses antes de su muerte, había sido un privilegiado, había vivido más que la inmensa mayoría de la humanidad y, además, había vivido como había querido, atado a las actividades que más satisfacción le producían y a las personas que más amaba, comprometido con las ideas que le convenían, implicado en una contienda intelectual que llenaba su mente. Hoy puede decirse que Lucrecio tuvo al menos un discípulo que lo entendió perfectamente y que vivió en consecuencia. Seguramente no es fácil encontrar, ni siquiera para quienes tenemos que tratar con tal cantidad de personas en el presente y el pasado, a muchos seres humanos que hayan conjugado como Juan la vida y la profesión, las preocupaciones presentes y las pasadas, el placer y el deber. La contemplación póstuma de tanta plenitud proporciona fuerzas para soportar la pena que causa la pérdida de un amigo tan querido.